

El orador político

JOSÉ LUIS MARTÍNEZ-DUEÑAS

En la Antigua Roma, al final del período republicano y a comienzos de la época imperial, la aplicación pragmática de la retórica en la actividad oratoria, de los foros jurídicos y de los ámbitos políticos, alcanzó una altura inigualable en la persona de Cicerón, rodeado y precedido por otras grandes figuras. El estudio y la divulgación de la retórica contribuían sobremanera al desarrollo de las intervenciones oratorias. La herencia griega se aquilató en Roma y luego continuó con la latinidad cristiana, de forma que los gobernantes y las autoridades se dirigían a sus respectivos auditorios con respeto a unas normas y con un profundo conocimiento de las mismas.

En la Edad Contemporánea esto puede ilustrarse con ejemplos sobresalientes. Citaré tres extraídos del contexto anglo-norteamericano, pues en mi desempeño profesional he intentado saber algo de éste («Quisiera saber algo de la tierra y sus gentes», escribió José Antonio Muñoz Rojas en el prólogo a 'Las cosas del campo'). En el siglo XIX hay que señalar al presidente Abraham Lincoln y su importante discurso pronunciado en Gettysburg en 1863, tras el final de una cruenta batalla en plena Guerra Civil. En esa ocasión Lincoln mostró sus habilidades retóricas para hacer una defensa conmovedora de la Unión, sin sesgos, con sentido religioso y usando un léxico sencillo lleno de nobleza y generosidad. Según los estudiosos su tono es netamente bíblico, y revela a un profundo conocedor de las Escrituras. Un siglo más tarde otro notable norteamericano, el doc-

tor Martin Luther King, también sorprendió con su discurso 'Tengo un sueño', pronunciado en Washington tras la marcha por la libertad y el trabajo y en defensa de la integración racial. En Europa, durante la II Guerra Mundial, Winston Churchill hablaba en la BBC con su singular tono 'shakesperiano' apelando al patriotismo, a los deberes comunes y a la inexpugnable resolución de impedir la invasión nazi. Los tres constituyen una muestra excelente de saber dirigirse a un auditorio, y disponer adecuadamente de ideas, conceptos, referencias y alusiones emotivas, creando atracción hacia el significado de sus palabras que buscan soluciones a difíciles realidades.

Hace unos días, con la intención de escuchar en directo la alocución del Presidente de los Estados Unidos de América, percibí que todo lo expuesto más arriba breve y concisamente no existía en sus palabras. Se habían borrado de un manotazo 2.500 años de historia. La lectura torpe y monótona de una sintaxis deslavazada y ramplona ayudaba bien poco al entendimiento de unas explicaciones que ni estaban motivadas ni mostraban un mínimo trazo argumental. Sus palabras destinadas a denostar a políticos del partido Demócrata o a exponer los altos índices de criminalidad en ciudades que él no controla mostraban un vacío total de razonamiento e interés. En un discurso, la pronunciación ha de ser

correcta, clara y elegante, como advertía Quintiliano, nuestro paisano de Calagurris, y de eso nada había. Las miradas directas, el pausado movimiento de manos, el ritmo en la prosa o los convenientes cambios en la entonación, ni estaban ni se les esperaba. Todo era un mecánico ejercicio lector falto de compás y de variación. El movimiento del cuerpo en una intervención pública también acompaña a la acción comunicativa sin exageración, pero con contención y expresividad. Quintiliano y Catón coincidían al afirmar que, si el lenguaje es la imagen directa de nosotros mismos, cuanto más perfecto sea el lenguaje mayor será nuestra bondad, pues la elocuencia se asocia con la ética y la moralidad. La brillantez y la fluidez conforman la calidad del mensaje y, evidentemente, esto reside en quien lo transmite. A juicio de algunos, la exposición del argumento es sólo propia de lo que sir Karl Popper llamaba «la sociedad abierta», por

lo que el argumento está ausente en los estados autocráticos y en los autoritarismos.

En el año 2016 apareció una reseña sobre un libro que se ocupaba de los discursos presidenciales en los Estados Unidos de América, desde George Washington a Barack Obama.

El autor de la reseña crítica, tras analizar con precisión los capítulos dedicados a cada uno de los presidentes, concluía con un comentario de irónico humorismo. Se preguntaba: si hubiese otra edición de esa obra en tiempos venideros, ¿incluiría las intervenciones de un multimillonario que por aquel entonces pretendía postularse como candidato para las elecciones primarias en el partido Republicano? Ahora, diez años después, me temo que la respuesta está en los noticiarios. «O temporal, o mores!».

Se han borrado de
un manotazo
2.500 años de
historia